

Resta decir que este interesante y bien fundado estudio de la historia del cable submarino en Sudamérica, y de las pequeñas y grandes compañías que desarrollaron este negocio nos permite entender también, el proceso de inserción de los medios técnicos y del desarrollo de la modernidad que transformaron definitivamente la cultura de los habitantes de nuestros países en la transición de los siglos XIX al XX.

Profesora Luz María Méndez
Facultad de Filosofía y Humanidades
Universidad de Chile.

Valores de hoy: Sentido y Experiencias. *Campos, Adriana y Eduardo Rosselot Santiago, Facultad de Medicina, Universidad de Chile, 2005:172.*

La doctora Adriana Campos y el doctor Eduardo Rosselot han tenido la feliz iniciativa de incorporar en sus actividades profesionales la discusión de temas valóricos, tratados por personas destacadas de distintas disciplinas. Debemos felicitarlos, además, por haber hecho el esfuerzo de convertir las interesantes intervenciones en un libro de calidad y buen gusto.

Es imposible para mí comentar separadamente cada uno de los ocho capítulos y veintiuna exposiciones que contiene el libro. En cambio, creo pertinente centrar mi presentación en relacionar el tema con la experiencia que tuve como Ministro de Educación, al incorporar los Objetivos Transversales (Valóricos) en el sistema educacional chileno y destacar las coincidencias que existen sobre la importancia del tema valórico en el ejercicio profesional y, en forma más amplia, en todas las actividades del ser humano.

La importancia y vigencia del tema valórico se hace más evidente si observamos la etapa histórica en que nos ha correspondido vivir, donde se han ido perdiendo las certezas frente a un creciente relativismo y, muchas veces, el sentido o el rumbo de la vida frente a exterioridades que esclavizan. Afianzar los valores que dan permanencia en un mundo lleno de incertidumbre y de atracciones muchas veces banales, contribuye a tener identidad y libertad.

Los avances del conocimiento y de la técnica han generado cambios vertiginosos. Con certeza, se señalaba en el informe a la UNESCO de la Comisión Internacional sobre Educación para el siglo XXI, conocido como el Informe Delors, lo siguiente: “Este último cuarto de siglo ha estado marcado por notables descubrimientos y progresos científicos, muchos países han salido del subdesarrollo y el nivel de vida ha continuado su progresión con ritmos muy diferentes según los países”. Y, sin embargo, un sentimiento de desencanto parece dominar y contrasta con las esperanzas nacidas inmediatamente después de la última guerra mundial. Podemos entonces hablar de las desilusiones del progreso, en el plano económico y social. El aumento del desempleo y de los fenómenos de exclusión en los países ricos son prueba de ello y el mantenimiento de las desigualdades de desarrollo en el mundo lo confirma. Desde luego, la humanidad es más consciente de las amenazas que pesan sobre su medio ambiente natural, pero todavía no se ha dotado de los medios para remediar esa situación, a pesar de muchas reuniones internacionales, como la de Río, a pesar de graves advertencias consecutivas a fenómenos naturales o a accidentes tecnológicos. De todas formas, el “crecimiento económico a ultranza no se puede considerar ya el camino más fácil hacia la conciliación del progreso material y la equidad, el respeto de la condición humana y del capital natural que debemos transmitir en buenas condiciones a las generaciones futuras”¹.

Los párrafos anteriores son una buena síntesis de un síntoma de *descontento difuso* en nuestras sociedades en las cuales el progreso económico, aún en los casos exitosos, no ha logrado disipar los temores e inseguridades que depara la sociedad moderna. A pesar de haberse escrito hace ya algunos años, los párrafos citados tienen una resonancia de mucha actualidad.

Un aspecto central de la inseguridad se expresa en la exclusión, provocada por los avances inexorables de la tecnología, que se refleja en el desempleo o pérdida de ingreso real del trabajo poco calificado; en la incertidumbre de la vejez cada vez más prolongada; en el costo de la salud; en la desigual oportunidad de recibir educación de calidad; en el debilitamiento de la red de protección social; en el desamparo provocado por la retirada del Estado Benefactor; en el crecimiento de la drogadicción

¹ Informe Delors. La educación encierra un tesoro. UNESCO. Comisión Internacional sobre la Educación Siglo XXI. <http://www.unesco.org/delors>

y la delincuencia violenta; en el debilitamiento de la familia como sustento de la sociedad; en las guerras fratricidas por razones religiosas o étnicas; para señalar algunos de los aspectos más visibles que provocan temor o desesperanza. Lo que ayer era estable hoy es incierto. La novedad del día deja de serlo al día siguiente.

Con razón Toffler² ha dicho que el conocimiento es el nuevo signo del poder, desplazando a la fuerza y la riqueza. Por eso, el no acceso al conocimiento puede traducirse en una discriminación tan odiosa como el abuso sustentado en la fuerza o en la riqueza.

Es un hecho que estamos en un cambio de época y eso implica adaptar nuestro sistema educativo en sus distintos niveles, tanto en lo que se refiere a la formación general que requieren las personas para enfrentar un mundo cambiante, como lo relacionado con disciplinas específicas que necesitan de un esfuerzo permanente para enfrentar su rápida obsolescencia. Sin embargo, la educación no sólo consiste en transmitir conocimientos que sirvan para incorporarse de una manera más o menos exitosa en la vida laboral, sino que es indispensable que reciban una formación en valores que les permitan enfrentar con solidez los vendavales de la vida moderna.

Las circunstancias históricas que vivimos, que me imagino semejante a la de otros períodos en que también se ha producido un cambio de época, generan tensiones que, consciente o inconscientemente, están presentes en nuestra generación de transición. Tensión entre ser ciudadanos del mundo y no perder nuestras propias raíces; tensión entre lo antiguo y lo moderno; tensión entre la competencia y la cooperación; tensión entre lo que se nos ofrece de información y nuestra capacidad de asimilación; tensión entre el individualismo egocéntrico y la generosidad solidaria; tensión entre las atracciones externas y los valores interiores; tensión entre lo material y espiritual. En fin, podría seguir y, cada cual podría aportar ejemplos personales que tensionan sus vidas.

Las consideraciones anteriores, y muchas que se podrían agregar, avalan la importancia de la iniciativa que ha conducido a este interesante libro, que contiene una diversidad de miradas y una gran coincidencia sobre la importancia que tienen los valores en cada una de las disciplinas que representan los distintos expositores.

² Toffler A. *La tercera ola*. Barcelona. Plaza y Janés. 1993.

Podría ilustrar con muchas citas del libro la afirmación anterior y, por cierto, son pertinentes los valores destacados en el juramento hipocrático que constituyen un ideal de conducta, como por ejemplo la voluntad de hacer el bien, la justicia, la honestidad, el respeto por la vida, la integridad, la confidencialidad. La fidelidad a las normas de la enseñanza médica constituye por sí un compromiso valórico.

Con razón en el prólogo del libro se plantea: “Si los valores son un requerimiento deseable para toda persona, cuanto más importante es prestarles atención, cuando se cumplen roles en la familia, en la formación y cuidado de las personas, como es el caso de las actividades y empresas de salud”.

También se señala acertadamente en el prólogo que “los valores de las personas son el resultado de un largo proceso de aprendizaje que se va desarrollando en todas las etapas de la vida”. A raíz de esta afirmación, con la cual estoy de acuerdo, deseo compartir con ustedes un esfuerzo que me correspondió realizar, también como Ministro de Educación, para introducir formalmente el tema valórico en los distintos niveles del sistema escolar. La propuesta se materializó en un decreto que establece los “Objetivos Fundamentales Transversales”, tanto para la Educación Básica como Media. Esto no es otra cosa que la incorporación de la preocupación por lo valórico, en todas las asignaturas y en el comportamiento de los alumnos en sus distintas actividades, dentro y fuera de la sala de clases.

El concepto valórico ha estado siempre presente en el proceso de enseñanza-aprendizaje, pero no en forma metódica de tal manera que pueda ser evaluado el comportamiento de los alumnos frente a ciertos patrones de conducta que van más allá de lo simplemente disciplinario.

Recién nombrado Ministro de Educación me correspondió presidir, en su etapa final, la Comisión Nacional de Modernización de la Educación, en la cual estaban representados los distintos grupos con responsabilidad política, académica, religiosa, gremial, etc., por lo que sus recomendaciones tenían la fuerza de un amplio consenso.

Hay un párrafo incluido en el informe final, que deseo citar textualmente porque está relacionado con el tema que hoy nos congrega: La educación “debe ofrecer a todos los chilenos la posibilidad de desarrollar plenamente todas las potencialidades y su capacidad para aprender a lo largo de la vida, dotándolos de un carácter moral cifrado en el desarrollo personal de la libertad; en la conciencia de la dignidad humana y de los derechos y

deberes esenciales que emanan de la naturaleza del ser humano; en el sentido de la trascendencia personal, el respeto al otro, la vida solidaria en sociedad y el respeto a la naturaleza; en el amor a la verdad, a la justicia y a la belleza; en el sentido de convivencia democrática, al espíritu emprendedor y al sentido de la nación y de la patria, de su identidad y tradiciones”.

En este contexto se formularon los objetivos transversales y recomendaciones valóricas para la Educación Básica y Media. Lo que presento a continuación es más amplio pero recoge los conceptos fundamentales contenidos en los objetivos transversales.

a) En lo que se refiere al desarrollo personal, éste se debe orientar a fortalecer su propia identidad, a lograr un equilibrio emocional, a estimular hábitos de comportamiento sustentados en principios morales y aprovechar las potencialidades de los niños y jóvenes.

Uso de la libertad y autonomía personal, a través de un proceso de autodisciplina en que se practique la generosidad, la solidaridad, la justicia y la verdad.

Ser responsable, lo que significa asumir nuestros actos y dar cuenta de ellos.

Esto también implica inculcar desde la niñez la coherencia entre lo que se dice y lo que se hace, condición esencial para tener credibilidad y generar confianza.

Expresar y comunicar las opiniones, ideas, sentimientos y convicciones con claridad y eficacia.

Promover la confianza en sí mismo y un sentido positivo en la vida.

Inculcar el sentido de honestidad, en las palabras de Kant: “la honestidad es mejor que toda política”.

Desarrollar el sentido de la lealtad, ya sea frente a personas, grupos o instituciones con quienes se comparten ideales o se tienen objetivos comunes.

Estimular la creatividad y las capacidades de aprendizaje y resolución de problemas.

Ejercitar el desarrollo físico y el cuidado del cuerpo, dentro del concepto de integralidad del ser humano.

b) En lo que se refiere a la formación ética, se trata de habituarse a regular la propia conducta en función de la trascendencia, la vocación por la

verdad, la justicia, el espíritu de servicio, el respeto por el otro y el bien común. Esto significa un desarrollo personal para la convivencia social. Respetar las ideas y creencias distintas de las propias.

Hacer del diálogo un hábito permanente de humanización y de superación de diferencias.

Reconocer, respetar y defender la igualdad de derechos esenciales de todas las personas. En la expresión cristiana, no hacer acepción de personas.

Habitarse a realizar actos de generosidad y de solidaridad.

Desarrollar el trabajo en equipo, reconocer la importancia del trabajo como forma de contribución al bien común.

Valoración de la identidad nacional y de la convivencia democrática.

Destacar y apreciar la importancia que tienen las dimensiones afectivas y espirituales y los principios en que se sustentan un sano y equilibrado desarrollo sexual, destacándose la importancia de la familia y de la institución del matrimonio.

- c) En lo que se refiere al respeto del entorno natural, se trata de crear conciencia de que la naturaleza es parte consubstancial de nuestra existencia y por eso se la debe proteger y promover el uso de sus recursos, dentro del contexto del desarrollo humano y de la responsabilidad intergeneracional.

La promoción de los valores señalados anteriormente, que no son exhaustivos, deben formar parte del proceso de formación desde los primeros niveles de la enseñanza, adecuándolos a la capacidad receptiva de los estudiantes en sus distintas etapas de crecimiento y comprensión. Se trata de crear hábitos para la vida que no se incluyen en una disciplina específica. Si bien esto es muy importante, la formación en valores no se da sólo a través de un discurso sino a través del testimonio y el ejemplo que se recibe desde la niñez, principalmente, por parte de la familia y de los profesores.

Para terminar deseo citar un párrafo con que se inicia la introducción del Libro de las Virtudes³ que me parece pertinente: "La educación moral, la formación del corazón y la mente para inclinarlas hacia el bien, supone muchas cosas. Supone normas y preceptos, los derechos y obligaciones de la vida comunitaria, además de instrucciones, exhortaciones y

³ Bennet W.J. *Libro de las Virtudes*, Santiago, Vergara Ed. S.A. 1995.

prácticas explícitas. La educación moral debe brindar formación en buenas costumbres. Aristóteles escribió que la educación debe afirmar la importancia central del ejemplo moral. Se ha dicho que nada es tan influyente ni determinante en la vida del niño como el poder moral de un ejemplo silencioso. Para que los niños se tomen la moralidad en serio, deben estar en presencia de adultos que se tomen la moralidad en serio. Y deben ver, con sus propios ojos, que los adultos se toman la moralidad en serio”.

Sergio Molina

Miembro de Número de la Academia de Ciencias
Sociales, Políticas y Morales del Instituto de Chile.